



Por Aldo Díaz Lacayo

Simposio Darío-Sandino
Organizado por la Coordinación Ejecutiva
de la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua
lunes 16 de febrero de 2009

SANDINO Y DARÍO

Augusto C. Sandino no conoció a Rubén Darío, aunque sí Augusto Nicolás Calderón tuvo noticias de su existencia. Porque casi desde niño Rubén impregnó el ámbito nacional. Y para 1895 —año del nacimiento de Augusto Nicolás—, a sus veintiocho años, Darío ya había alcanzado una posición cimera y era ampliamente reconocido en la Península y en Nuestra América como renovador de la lengua española. Una realidad insoslayable.

Pero fue hasta sus doce años cuando Augusto Nicolás sin duda se enteró de la enorme trascendencia del poeta. Entonces, en 1907, Rubén Darío efectuó una suerte de regreso triunfal a Nicaragua —programado por el gobierno liberal de José Santos Zelaya, y con el apoyo entusiasta del liberalismo. Un hecho que conmovió al país. La bienvenida que le dio su Patria fue apoteósica, destacada por la prensa nacional desde el mismo día de su ingreso por el puerto de Corinto, al amanecer del 24 de noviembre, hasta su partida de regreso a Europa el 3 de abril de 1908.

Cuatro meses y medio duró la estadía del Poeta en Nicaragua, celebrada y publicitada en forma cotidiana por la prensa. Mil veces repetida en los corrillos políticos, intelectuales, sociales. Magnificando siempre las crónicas periodísticas, y no pocas veces haciendo alardes del conocimiento y hasta de la relación personal con el ilustre compatriota. Fue una saga que mantuvo en vilo a la opinión pública nacional. A nivel de campaña de expectación.

Durante todo ese tiempo solo se hablaba de Rubén y de sus éxitos universales. Sí, de Rubén, familiarmente, sin duda desde entonces paradigma del ser nacional. Un deslumbrante encuentro con la identidad propia. Más bien una súbita concienciación de esa identidad que todos presentían desde antaño, arraigada en el inconsciente colectivo nicaragüense.

Pero hubo un momento a lo largo de esa saga cotidiana que también invadió a los llamados pueblos blancos de Nicaragua, incluido Niquinohomo, la ciudad natal de Augusto Nicolás. Fue el día del colosal recibimiento a Rubén en Masaya, adonde llega el 6 de diciembre del mismo año 1907.

Una fiesta interminable que Augusto Nicolás tuvo que registrar porque un año antes se había integrado al hogar de su padre, Gregorio Sandino, un principal de Niquinohomo, y además liberal. Es decir, entusiasmado por la decisión del presidente Zelaya de recibir a Rubén a nivel de

gloria nacional, y tal vez identificado con el Poeta desde 1881, cuando los congresistas liberales pugnaban por enviarlo a Europa, cuando apenas tenía catorce años. Sin duda, pues, el hogar de Don Gregorio, como se le llamaba en el pueblo, fue centro social del seguimiento entusiasta que los niquinohomeños le daban a la visita de Rubén a Nicaragua, ya no se diga a su región.

Ocho años después Rubén Darío regresaría a Nicaragua. Esta vez para siempre. Por esos caprichos inescrutables del destino, otra vez entraría por Corinto, casi el mismo día de su anterior regreso triunfal, el 25 de noviembre de 1915. Fue un recibimiento gris, a pesar de su muerte anunciada. El gobierno conservador decidió mantenerse a la distancia, pero no la sociedad y los intelectuales leoneses —de ancestral estirpe liberal y todavía con resabios doctrinarios. Ellos se encargaron de los honores que el Poeta merecía, y así lo atendieron hasta el desenlace fatal, el 6 de febrero del año siguiente.

Augusto Nicolás tenía entonces 21 años, y probablemente registró la infausta noticia y todos los penosos episodios, médicos y sociales, que se dieron a lo largo de la dolorosa agonía de Rubén. Todos reportados por la prensa. Probablemente los registró —es necesario subrayarlo— porque entonces Augusto Nicolás había salido de su pueblo, en busca de fortuna para contraer matrimonio con su prima María Mercedes. Un matrimonio frustrado por la vida.

Augusto C. Sandino frente al Poeta

La muerte de Darío produjo una reacción antidariana, muy publicitada, entre poetas jóvenes de América y de España, y también de Nicaragua, que cobró una suerte de expresión académica entre 1925 y 1930. Todos ellos conservadores, reaccionarios hasta su muerte, excepto el nicaragüense José Coronel Urtecho. Acusaban a Rubén de todo, desde afrancesado hasta elitista afectado, más preocupado por el oropel que por la realidad, enajenado.

El problema —así hay que calificarlo— es que al antidarianismo se dio alrededor del Poeta y no del pensador, que también lo fue Rubén. Una característica rubendariana entonces desconocida, que solo empieza a reivindicarse muy tardíamente por los intelectuales de la región. Y por los nicaragüenses en la década de los ochenta del siglo pasado, en ocasión de la inmensa explosión cultural que produjo la Revolución Sandinista.

Este feroz movimiento contra el Poeta prolongó por muchos años su anunciado encuentro con las multitudes, incluido Augusto C. Sandino, el recién nacido personaje histórico nacional. Coincide, en efecto, con la transformación de Augusto Nicolás Calderón en Augusto C. Sandino, en 1921, cuando decide abandonar Niquinohomo, cambiando su propia identidad. Entonces se traslada a la Costa Caribe de Nicaragua, para ponerse a buen recaudo de la venganza y quizás de la justicia, después de herir de bala a un contrincante.

Es decir, coincide el antidarianismo con el periplo de Sandino por la costa Caribe de Centroamérica y México, entre 1921 y 1926, sus años formativos. Y por supuesto con su

integración a la Guerra Constitucionalista, de Nicaragua, en mayo de 1926.

Un período durante el cual Sandino dedicó toda su atención y capacidad intelectual a conocer y apropiarse de la realidad regional. En Centroamérica, caracterizada por el dominio imperialista a través de las compañías norteamericanas; y en México por la confrontación de la Revolución Mexicana con el imperialismo norteamericano, y en general con el Norte.

(Incidentalmente, algo que todavía no se menciona: durante su estadía en Honduras, en 1921, Sandino se hace unionista-morazanista. Porque ese año las luchas sindicales —que también se expresaban alrededor de la recuperación de la soberanía nacional—, estuvieron enmarcadas en la conmemoración del centenario de la independencia de Centroamérica, reivindicando su unidad y a Francisco Morazán, su máximo exponente histórico).

En consecuencia, en medio de sus esfuerzos formativos, es legítimo deducir que el antidarianismo, del cual sin duda tuvo noticias, alejó a Sandino del conocimiento del Poeta. Más aún, probablemente obnubiló su recuerdo del personaje Darío, tal como había sucedido con su identidad original de Augusto Nicolás Calderón.

Puede afirmarse, entonces, que al final de este período formativo, para Sandino, Rubén solo era un poeta ilustre de Nicaragua. Reconocido universalmente, pero que él no conocía. Hay un dato que avala esta afirmación. A pesar de su bolivarismo militante, Augusto C. Sandino jamás menciona en su obra la Oda al Libertador Bolívar, que Darío escribió en la conmemoración del centenario del Libertador, en 1893 —mucho menos la letra del Himno a Bolívar, encontrada apenas en 1967.

Más tarde, cuando inicia su recorrido por la ruta del heroísmo al desconocer el Pacto del Espino Negro, en 1927, Sandino concentró su interés y capacidades no sólo en la lucha contra el ejército invasor de la potencia más grande de la tierra, sino, igualmente en el estudio de las luchas históricas y recientes por la liberación nacional de América. Ignorando a Darío, como ya se dijo, porque entonces el antidarianismo se encontraba en su cima.

También puede afirmarse que al final de su vida Augusto C. Sandino tampoco logró conocer a Darío. Durante sus últimos dos años (1932 y 1933), Sandino estuvo concentrado en las negociaciones de paz, incluyendo sus dos objetivos fundamentales: la liquidación de la inconstitucional Guardia Nacional, y la institucionalización de su proyecto de desarrollo para las Segovias. Cuidándose también de la “bola de canallas” de los políticos, pero no de su peor enemigo, el Jefe de la Guardia Nacional, a la que se proponía liquidar en el Acuerdo de Paz.

El inconsciente colectivo

Pero Sandino y Darío no son ajenos. En su propio ámbito, ambos expresan a cabalidad el inconsciente colectivo nacional. Cada uno reivindica la sangre y la cultura originaria como el

fundamento de la identidad propia, y ambos reconocen la transculturización española como factor irrenunciable de esa identidad, pero no como fundamental. Son igualmente abiertos al mundo, empeñados en la defensa de la libertad, en actitud filosófico-religiosa frente a la vida. Los dos, en consecuencia, son paradigmas nacionales, máximos representantes de la defensa de la identidad nicaragüense.

Asumir en Sandino estas características del inconsciente colectivo nacional, resulta casi una obviedad. Su vida misma está identificada con ellas. Porque la tradición oral y sobre todo la intensa y patriótica reivindicación que de su vida ha hecho la Revolución Sandinista, ha penetrado profundamente en el pueblo nicaragüense. Tanto que su pensamiento más que conocido es presentado.

No es el caso de Rubén Darío. Para él la tradición oral ha funcionado al revés. Y la reivindicación de su pensamiento político y social, por cierto acertada y justa, hasta hoy día ha quedado reducida a círculos intelectuales. A estudiosos casi siempre ajenos al quehacer político, incluso mayoritariamente desdeñosos de la política. Más aún, son muy pocos los dariólogos que han estudiado esta faceta de Rubén —la mayoría nicaragüense, lo que dice bien de los dariólogos nacionales.

A pesar de esta injusticia histórica, ¿quién puede negar el compromiso de Darío con la identidad nicaragüense? ¿Quién se atreve a negar su orgullosa reivindicación del pensamiento y la cultura originarios, no solo de Nicaragua sino de América? ¿Y su lucha por la nacionalidad y desde luego por la Patria, que la sabía pequeña pero la soñaba grande? ¿Y su nacionalismo y antiimperialismo? ¿Y su identidad con los próceres de la independencia americana?

“Cuando lo porvenir peligroso es indicado por pensadores dirigentes, y cuando a la vista está la gula del Norte, no queda sino preparar la defensa” —escribió Rubén en *El triunfo de Calibán*. Y también en *Las palabras y los actos de Mr. Roosevelt*: *“Hay en este momento en América Central un pequeño Estado que no pide más que desarrollar, en la paz y en el orden, su industria y su comercio; que no quiere más que conservar su modesto lugar al sol y continuar su destino (...) Pero una revolución la paraliza y debilita. Esta revolución está fomentada por una gran nación. Esta nación es la República de los Estados Unidos. Y Nicaragua nada ha hecho a los Estados Unidos que pueda justificar su política”*.

Y en cuanto a su reivindicación del pensamiento y la cultura originaria, basta recordar las *Palabras Liminares* de su libro *Prosas Profanas*: *“¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser ...”* Y más adelante: *“Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y Utatlán, en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro”*.

Como es sabido, Rubén Darío también expresó en versos estas ideas nacionalistas y

antiimperialistas, como corresponde al inconsciente colectivo nacional. No solo en su Oda a Roosevelt, tan conocida y repetida *ad infinitum* en la región, casi como un salmo. También y más radicalmente en Los Cisnes, una severa autocrítica latinoamericana por el inactivismo frente al imperio: “¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?/¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?/¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?/¿Callaremos ahora para llorar después?”

Y ¿cuántas ideas semejantes escribió Sandino? Él reivindicó como nadie la sangre y la cultura originaria, de Nicaragua y de la región. Su sangre indohispana, su nacionalidad latinoamericana. Y también como nadie luchó por la soberanía de Nicaragua, “*con las armas en la mano*” —como él decía. Y por la de América Latina, reivindicando y actualizando al Libertador, retomando su idea de un ejército latinoamericano para defenderla.

Darío y Sandino

Sin Saberlo, entonces, Augusto C. Sandino reivindica el pensamiento político-social de Rubén Darío. Y si éste hubiera sido posterior a Sandino también hubiese reivindicado su pensamiento. Porque ambos son la máxima expresión de la identidad nacional.

Todos los escritos político-sociales de Darío, en efecto, pudieron haber sido suscritos por Sandino. Por ejemplo, su artículo ¿Por qué?, de 1892. Una campanada contra la injusticia social universal. Así lo termina —usando también el lenguaje despectivo de los poderosos: “*Habrá que cantar una nueva marsellesa que como los clarines de Jericó destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará cuellos y vientres odiados; las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento; se romperán las estatuas de los bandidos que oprimieron a los humildes; y el cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha!*”.

De la misma manera, Darío bien pudo escribir los conceptos nacionalistas de Sandino. Por ejemplo, los de su primera carta a los Gobernantes de América, del 4 de agosto de 1928. Dice allí Sandino: “*Los yankees, por un resto de pudor, quieren disfrazarse con el proyecto de construcción de un canal interoceánico a través del territorio nicaragüense, lo que daría por resultado el aislamiento de las repúblicas indohispanas; los yankees, que no desperdician oportunidad, se aprovecharían del alejamiento de nuestros pueblos para hacer una realidad el sueño que sus escuelas primarias inculcan a sus niños, esto es: que cuando toda la América Latina haya pasado a ser colonia anglosajona, el cielo de su bandera tendrá una sola estrella*”.

Claro, Darío no fue un político militante, mucho menos un activista social. Él fue un Poeta y un pensador de amplia cultura universal. Muy preocupado por la situación del mundo que le tocó vivir, a caballo entre el siglo diecinueve que moría y el naciente siglo veinte. Un período

histórico que sentaría las bases para una modificación radical de la geopolítica mundial, que él percibió nítidamente con su sensibilidad de Poeta. “*El siglo que viene será la mayor de las revoluciones de la tierra*” —dijo en mismo artículo. Su preocupación por ese mundo cambiante lo llevó a asociarse intelectualmente con las causas que persiguen el progreso de la humanidad, pero identificándose plenamente con el liberalismo doctrinario. Son abundantes sus expresiones en ese sentido.

Por el contrario, Augusto C. Sandino sí fue un adelantado activista social, un militante político antipartido. “*No un político profesional sino un artesano*”, como él se autodefinía. Un autodidacta que en apenas siete años desarrolló una vasta cultura político-ideológica, y una estrategia militar que aún hoy día se le reconoce en todas las latitudes. Desde un principio asumido como héroe por todos los pueblos americanos: “*Diomedes de América*”, como le llamó Toynbee. Desde entonces también fue universal, como lo fue Darío. No en las letras sino en el ámbito de la liberación, que es igualmente amplio, e igualmente antiguo, connatural a la lucha de liberación del hombre: “*General de los hombres libres*”, como le dijo Barbusse. Decir Sandino, en su época y ahora, y por el resto de la historia, es decir liberación nacional.

Por eso Nicaragua no solamente tiene dos grandes héroes nacionales —en el sentido más amplio del concepto. Tiene también dos héroes universales, Rubén Darío y Augusto C. Sandino. Tan grandes que ninguno de ellos ha recibido un reconocimiento universal oficial. Son los pueblos quienes los reconocen y enarbolan sus ideas y sus luchas como propias.

¿Qué otro pueblo tiene este tan grande honor? ¿Hacemos honor los nicaragüenses a este inmenso honor universal? Pareciera que no. Nos obnubila la coyuntura política. ¿Somos un pueblo irredento, como dice Gustavo Alemán Bolaños? Debo responder, categóricamente, ¡NO! Pero es cierto que aún no encontramos nuestro propio proyecto nacional, sin injerencia extranjera.